

ARTHUR SCHNITZLER

El destino del Barón de Leisenbohg

Kläre Hell reapareció como Reina de la Noche una tibia tarde de mayo. El motivo que alejó de la ópera a la cantante durante casi dos meses era de sobra conocido. El 15 de marzo el duque Richard Bedenbruck sufrió una caída de caballo y después de convalecer unas cuantas horas murió en brazos de Kläre, quien no se apartó un instante de su lado.

La desesperación de Kläre fue tan grande que primero se temió por su vida, luego por su mente y hasta hace poco por su voz. Este último temor resultó tan infundado como los anteriores. Cuando apareció ante el público fue recibida con afecto y expectación, pero ya desde la primera gran aria sus amigos íntimos pudieron aceptar las felicitaciones de sus lejanos conocidos. En el cuarto piso, el rostro infantil y colorado de la señorita Fanny Ringeiser se iluminó de felicidad; los abonados de las filas superiores le sonrieron, solidarios. Todos sabían que Fanny, a pesar de no ser más que la hija de un bonetero de la calle Mariahilf, pertenecía al círculo íntimo de la admirada cantante, merendaba con ella de cuando en cuando y había estado secretamente enamorada del duque.

En los entreactos Fanny le contó a sus amigos que el barón, de Leisenbohg convenció a Kläre de que escogiera la Reina de la Noche para su primera reaparición, considerando que el vestido oscuro sería la más adecuada expresión de su estado de ánimo.

El barón tomó su lugar en la sala: al centro, primera fila, a la orilla, igual que siempre, y respondió a los saludos de sus conocidos con una sonrisa amable pero un tanto amarga. Algunos recuerdos pasaban por su mente. Conoció a Kläre diez años atrás. Él se ocupaba entonces de la educación artística de una joven delgada y pelirroja, asistió a una función en la escuela de canto Eisenstein, donde su alumna debutaba en el papel de Mignon, y esa noche también vio y escuchó a Kläre, que salía de Philine en la misma escena. Él tenía veinticinco años, era independiente y desobligado. Se olvidó de Mignon, dejó que la señora Eisenstein le presentara a Philine y le ofreció su corazón, sus recursos y sus influencias en la dirección. Kläre vivía con su madre, viuda de un alto empleado de correos, y estaba enamorada de un estudiante de medicina al que visitaba en su cuarto en las afueras de la ciudad para tomar el té y platicar. Rechazó los torrenciales ofrecimientos del barón, que sólo sirvieron para inclinarla a una pasión más reposada: ser la amante del médico. Enterado del asunto por la propia Kläre, el barón retornó a su alumna pelirroja, pero se cuidó de no romper el trato con la cantante: le regalaba flores y bombones en los días festivos apropiados y de cuando en cuando se presentaba en casa de la viuda del empleado de correos en visita de cortesía.

En otoño Kläre tuvo su primera actuación en Detmold. El barón, que seguía siendo empleado del Ministerio, aprovechó las vacaciones de Navidad para visitar a Kläre en su nuevo lu-

gar de residencia. Estaba al tanto de que el médico se había graduado y casado en septiembre, y esto renovaba sus esperanzas. Pero Kläre, sincera como siempre, le informó de inmediato que se encontraba en trato íntimo con el tenor de la Compañía, y así sucedió que Leisenbohg saliera de Detmold sin más recuerdos que un platónico paseo por el bosquecito de la ciudad y una cena en el restaurante del teatro en compañía de algunos colegas. A pesar de todo volvió varias veces a Detmold, fue un devoto admirador de los considerables progresos artísticos de Kläre y se dedicó a esperar la siguiente temporada, en la que el tenor estaría contratado en Hamburgo. Pero también ese año se decepcionó, pues Kläre juzgó imprescindible ceder a la seducción de un comerciante de ascendencia holandesa, Louis Verhagen.

Cuando en la tercera temporada Kläre fue llamada a ocupar un puesto en el Teatro Real de Dresde, el barón abandonó, a pesar de su juventud, una muy prometedora carrera al servicio del Estado y se trasladó a Dresde. Pasaba las tardes con Kläre y su madre, que había sabido cubrir con una elegante indiferencia las aventuras de su hija y seguía esperando otras. Por desgracia, el holandés tenía la costumbre de avisar en cada una de sus cartas que llegaría al día siguiente. Además, le insinuaba a su amante que se encontraba rodeada por hordas de espías y la amenazaba con torturarla hasta la muerte en caso de que le fuera infiel. Pero como nunca llegaba y Kläre se hundía poco a poco en un estado de sumo nerviosismo, Leisenbohg decidió terminar con el asunto a cualquier precio y se trasladó a Detmold para resolverlo personalmente. Para su sorpresa, el holandés le explicó que sus cartas de amor y amenaza sólo habían sido escritas por galantería y que en realidad nada le parecería mejor que librarse de aquel compromiso. Leisenbohg regresó feliz a Dresde y le comunicó a Kläre el afortunado desenlace de la conversación. Ella le agradeció afectuosamente, pero rechazó cualquier aproximación con una firmeza que le extrañó. Bastaron algunas preguntas breves y precipitadas para que le confesara que durante su ausencia nada menos que el príncipe Kajetan se había enamorado apasionadamente de ella, jurándole que le causaría mucho daño si no lo escuchaba. Obviamente ella tuvo que ceder en última instancia para no sumir a la casa real y al país en una desgracia inefable.

Leisenbohg se alejó de la ciudad con el corazón bastante destrozado. Regresó a Viena, donde empezó a barajar sus relaciones, y fue en buena medida gracias a sus esfuerzos que Kläre obtuvo al año siguiente un contrato para la Ópera de Viena. Inició sus actividades en octubre, después de una exitosa actuación como artista huésped. En su camerino encontró un hermoso arreglo floral del barón que parecía expresar a un mismo tiempo súplica y esperanza. Sin embargo, el dádivo admirador comprobó que una vez más había llegado tar-

de. Un maestro concertante rubio, relativamente conocido como compositor, con el que Kläre ensayó en las últimas semanas, había adquirido una serie de derechos que ella no tenía la menor intención de lesionar.

Desde entonces habían pasado veinte años. Al maestro concertante siguió Klemens von Rhodewyl, el atrevido jinete; al señor Rhodewyl, el director de orquesta Vincenz Klaudi (en ocasiones en las óperas que él dirigía la orquesta se empeñaba en suprimir a los cantantes); al director de orquesta, el conde de Alban-Rattony, un hombre que apostó sus propiedades en Hungría en un juego de cartas y a cambio ganó un castillo en la Baja Austria; al conde, el señor Edgar Wilhelm, recopilador de textos de ballet que mandaba componer a precios de oro, de tragedias para las que rentaba el teatro Jantsch y de poemas que se imprimían con los más hermosos tipos en las más insulsas gacetas de la corte; al señor Edgar Wilhelm, un tal Amandus Meier, sin otras características que ser muy guapo y no poseer nada aparte de sus diecinueve años y un foxterrier que sabía pararse de cabeza; al señor Meier, el más elegante varón de la monarquía: el duque Richard Bedenbruck.

Kläre jamás llevaba sus relaciones en secreto; conducía una sencilla casa burguesa en la que sólo los patrones cambiaban de cuando en cuando. Su popularidad era impar. Las esferas más altas veían con agrado que fuera a misa todos los domingos, se confesara dos veces al mes, llevara como amuleto en el pecho una imagen de la virgen consagrada por el Papa y no se durmiera sin decir sus oraciones. Pocas veces había una fiesta de beneficencia en la que no participara de vendedora; tanto las aristócratas como las damas de los círculos financieros judíos se sentían afortunadas de poder vender sus mercancías en la misma carpa que ella.

Kläre saludaba con seductora sonrisa a los jóvenes entusiastas que se aglomeraban en la entrada de artistas del teatro y repartía entre la paciente multitud las flores que había recibido de regalo. En una ocasión en que olvidó las flores en el camerino dijo con el refrescante acento vienés que iba tan bien con su cara: "¡Uy dios, dejé la ensalada en la recámara! Si quieren que les toque algo pasen mañana en la tarde, niños". Después subió al carruaje, asomó la cabeza por la ventanilla y ya sobre la marcha gritó: "¡También les invito un cafecito!"

Entre los pocos que tuvieron el valor de atender a esta invitación se encontraba Fanny Ringeiser. Kläre se entretuvo conversando con ella, le hizo preguntas personales con una naturalidad de duquesa y encontró tantas cualidades en la plática de la fresca y admirada jovencita que le pidió que regresara pronto. Fanny aceptó la invitación y rápidamente adquirió una respetada posición en casa de la artista, que supo conservar sobre todo porque a pesar de la confianza que Kläre le tenía no se permitía jamás una verdadera familiaridad. Con el correr de los años Fanny recibió una buena cantidad de ofertas de matrimonio, casi todas entre los hijos de comerciantes de *Mariahilf* con los que le gustaba ir a los bailes, pero todas fueron rechazadas pues Fanny se enamoraba con implacable constancia del amante en turno de Kläre.

Kläre amó durante más de tres años al duque Bedenbruck, con la misma fidelidad pero con mayor pasión que a sus predecesores. *Leisenbohg*, que no perdía esperanzas a pesar de sus múltiples decepciones, dudó por primera vez que la felicidad anhelada desde hacía diez años llegara a florecer.

Cuando alguno empezaba a desmerecer a los ojos de Kläre, él rompía con su querida para estar disponible en cualquier momento. Lo mismo hizo después de la muerte del duque Richard, pero más por costumbre que por convicción. El sufrimiento

de Kläre parecía inagotable y todo el mundo pensó que se había despedido para siempre de los placeres terrenales. Todos los días iba al cementerio a depositar flores en la tumba del desaparecido, dejó que sus vestidos alegres se arrumbaran y guardó sus joyas en un cajón inaccesible de su escritorio. Fue menester una seria labor de convencimiento para que abandonara la idea de retirarse de la escena.

Después de la brillante reaparición, su vida tomó el curso acostumbrado, al menos en apariencia. El antiguo círculo de amigos se había dispersado y ahora volvió a reunirse. El crítico musical Bernhard Feuerstein llegaba, según el menú del miércoles pasado, con manchas de espinaca o de salsa en el jacket. Kläre se divertía sin disimulo oyéndolo hablar mal de los colegas y del director. Amable y desinteresada como siempre, permitía que le hicieran la corte los primos del duque,



Lucius y Christian, los Bedenbruck de la otra línea. Un caballero de la embajada francesa y un virtuoso pianista checo fueron presentados en su casa y el 10 de junio volvió a ir a las carreras de caballos. Pero tal y como lo expresó el duque Lucius, no carente de talento poético: sólo su alma estaba despierta, su corazón seguía en profundo reposo. En efecto, si alguno de sus amigos aventuraba la más leve insinuación, dando a entender que en el mundo existían cosas como el amor y la pasión, toda sonrisa desaparecía de sus labios, sus ojos miraban húmedos al vacío y en ocasiones alzaba la mano en un curioso ademán defensivo que parecía dirigido a todos los hombres y a todos los tiempos.

Fue entonces, a mediados de junio, cuando un cantante nórdico llamado Sigurd Olse cantó el *Tristan* en la ópera. Su voz era clara y poderosa, aunque no especialmente refinada; su figura, de una corpulencia casi sobrenatural, pero tendiente a la gordura; su rostro, inexpresivo en los momentos de serenidad. Pero al cantar sus ojos gris metálicos brillaban como encendidos por un misterioso fuego interior. *Svoz* y su mirada cautivaban como un vértigo irresistible, especialmente a las mujeres.

Kläre se sentó con los colegas que no tenían que actuar. Parecía ser la única indiferente. Al día siguiente le presentaron a Sigurd Olse en las oficinas de la dirección. Ella le dirigió unas palabras amables, aunque un tanto frías, sobre su desempeño

en la noche anterior. Esa misma tarde la fue a visitar sin que ella se lo pidiera. El barón de Leisenbohg y Fanny Ringeiser estaban presentes. Sigurd tomó el té con ellos; habló de sus padres, que vivían como pescadores en una pequeña aldea noruega, del sorprendente descubrimiento de su talento para el canto por un viajero inglés que llegó en un yate blanco al fiordo remoto, de su mujer, una italiana que murió durante el viaje de bodas en el océano Atlántico y fue arrojada al mar. Cuando se despidió los demás se quedaron largo rato en silencio. Fanny veía ocasionalmente su taza vacía, Kläre se había sentado al piano y apoyaba los brazos en la tapa del teclado, el barón cavilaba, mudo y temeroso, en por qué durante el relato de Sigurd sobre el viaje de bodas Kläre no adoptó el curioso ademán con el que se defendía, desde la muerte del duque, de la alusión a la existencia de relaciones sentimentales o afectuosas sobre la tierra.

Como papeles restantes Sigurd interpretó Siegfried y Lohengrin. Kläre permaneció indiferente en su asiento. Sin embargo el cantante, que aparte sólo trataba al ministro consejero noruego, pasaba todas las tardes en casa de Kläre, pocas veces sin la señorita Ringeiser y jamás sin el barón de Leisenbohg.

El 27 de junio actuó por última vez como Tristan. Kläre siguió inmovible en su asiento. A la mañana siguiente fue con Fanny al cementerio y depositó una enorme corona en la tumba del duque. Esa noche dio una fiesta en honor del cantante que al día siguiente partía de Viena.

Todo el grupo de amigos estaba reunido. Ninguno ignoraba la pasión de Sigurd por Kläre. Como de costumbre él habló sin parar y con mucho entusiasmo. Entre otras cosas contó que en el barco, en su viaje de ida, una mujer árabe casada con un gran duque ruso leyó las líneas de su mano y le profetizó que pronto entraría en la peor época de su vida. Él creía firmemente en esta profecía. En su caso, la superstición parecía algo más que un deseo de hacerse el interesante. También recordó el hecho, por cierto bastante conocido, de que el año anterior decidió regresar de Nueva York, adonde iba como artista invitado, el mismo día y en el mismo barco de llegada, sólo porque un gato negro cruzó entre sus piernas en el puente de desembarco. Tenía un sinfín de motivos para creer en la misteriosa conexión entre los signos incomprensibles y los destinos humanos. Una noche en el teatro de Covent Garden en Londres olvidó murmurar antes de su actuación un conjuro transmitido por su abuela y la voz lo abandonó de repente. Otra noche se le apareció en sueños un genio alado, vestido de rosa, que le anunció la muerte de su barbero favorito y a la mañana siguiente se descubrió que el desgraciado se había colgado. Aparte de esto tenía una carta breve pero sustanciosa que le fue entregada por el espíritu de la fallecida cantante Cornelia Luján en una sesión de espiritismo en Bruselas y que contenía, en un fluido portugués, el vaticinio de que estaba llamado a ser el más grande cantante del nuevo y del viejo mundo. Todas estas cosas contó aquel día y cuando el papel espiritista color de rosa con el membrete de la compañía Glienwood pasó de mano en mano, una profunda conmoción se esparció entre los presentes. Kläre, en cambio, siguió sin reflejar emoción alguna y se limitó a inclinar la cabeza de cuando en cuando con indiferencia. A pesar de todo la inquietud de Leisenbohg siguió en aumento. Ante sus afilados ojos las señas del peligro eran cada vez más inminentes. Sobre todo porque Sigurd, al igual que los amantes anteriores de Kläre, adoptó durante la cena una extraña simpatía por él, lo invitó a su finca en los fiordos de Molde y finalmente le propuso que se hablaran de tú. Por su parte, Fanny Ringeiser sintió escalofríos en el cuerpo entero cuando Sigurd le dirigió la palabra, alternó el rubor con la palidez cuando él la miró con sus grandes ojos gris metálicos y rompió a llorar cuando él se refirió a su inminente partida.

fríos en el cuerpo entero cuando Sigurd le dirigió la palabra, alternó el rubor con la palidez cuando él la miró con sus grandes ojos gris metálicos y rompió a llorar cuando él se refirió a su inminente partida.

También en esta ocasión Kläre estuvo tranquila y seria. No devolvió las insistentes miradas de Sigurd, no habló con él en forma más cálida que con los demás y ya al final, cuando él le besó la mano y la vio con unos ojos que parecían pedir, prometer y desesperar, los suyos siguieron indiferentes y sus gestos impávidos.

Leisenbohg observó todo esto con miedo y desconfianza, pero cuando la fiesta terminó y todos se despedían, experimentó algo por completo inesperado. Fue el último en tenderle la mano a Kläre, pensando en alejarse como los demás. Sin embargo, ella le sostuvo la mano y susurró: "Regrese". Creyó no haber oído bien. Ella le apretó la mano una vez más y murmuró con los labios muy cerca de su oído: "Regrese, lo espero en una hora".

Casi tambaleándose alcanzó a los otros. Fanny y él acompañaron a Sigurd a su hotel. Oyó como de muy lejos los exaltados elogios que el cantante hacía de Kläre. Después acompañó a Fanny hacia Mariahilf, entre las calles silenciosas y el suave fresco nocturno, y como a través de una niebla vio las tontas lágrimas que corrían en sus coloradas mejillas de niña.

Subió al carruaje y fue a casa de Kläre. Vio la luz que se colaba a través de las cortinas de su dormitorio y luego la sombra que pasaba por encima. El rostro de Kläre apareció entre las cortinas y le hizo un gesto afirmativo. No había soñado. Ella lo esperaba.

A la mañana siguiente el barón de Leisenbohg dio un paseo por la calle Prater. Se sentía joven y afortunado. Creía encontrar un sentido oculto en el tardío cumplimiento de su aspiración. Lo que vivió esa noche fue una sorpresa extraordinaria, pero también el remate y la conclusión lógica de su relación con Kläre. Ahora le parecía que no podía haber pasado otra cosa. Se dedicó a hacer planes para el futuro inmediato y lejano. "¿Cuánto tiempo seguirá actuando?", pensó. "Tal vez cuatro, cinco años. Luego, y no antes, me casaré con ella. Viviremos en el campo, muy cerca de Viena, quizá en Saint Veit o en Lainz. Compraré una casita o la construiré a su gusto. Viviremos bastante apartados, pero haremos largos viajes muy seguidos... a España, Egipto, la India"... Así continuó soñando mientras hacía trotar su caballo por los prados de Heustadl. Después regresó al camino principal y en la glorieta de Prater subió a su carruaje. Se detuvo en Fossati y le mandó a Kläre un hermoso ramo de rosas oscuras. Como de costumbre desayunó solo en su departamento de la plaza Schwarzenberg y al terminar se tendió en el diván. Se sentía fuertemente atraído por Kläre. ¿Qué habían significado para él todas las otras mujeres?... Habían sido una distracción, nada más que eso. Y aventuraba el día futuro en que ella le diría: "¿Qué fueron para mí todos los otros? Tú eres el único, el primero que he amado"... Y mientras yacía en el diván, con los ojos cerrados, pasó revista a todos ellos... En efecto, ¿no había amado a nadie antes y quizá lo amó a él en cada uno!

El barón se vistió y tomó el conocido camino a su casa, caminando muy despacio para prolongar un par de segundos más el gusto del primer reencuentro. Había bastantes paseantes en el Ring, pero se notaba que la temporada estaba terminando. Leisenbohg se alegró de que el verano estuviera ahí. Viajaría con Kläre y verían juntos el mar o las montañas. Tuvo que contenerse para no gritar de júbilo.

Se detuvo ante su casa y vio las ventanas. El sol de la tarde brillaba sobre los cristales, casi encandilándolo. Subió las escaleras y llamó a la puerta. No abrieron. Volvió a tocar. No

abrieron. Entonces se dio cuenta de que había un candado en la puerta. ¿Qué podía significar!, ¿se había equivocado?... Ella no tenía su nombre en la puerta, pero el letrero de enfrente decía como de costumbre "Teniente coronel Von Jeleskowitz". Sin duda, estaba en la puerta de su departamento y su departamento estaba cerrado. Corrió escaleras abajo, azotó la puerta del conserje. En un cuarto en penumbra, la esposa del conserje estaba sentada en la cama, un niño miraba a la calle por una ventanilla, otro soplaba sobre un peine una melodía incomprensible.

—¿La señorita Hell no está en su casa? —preguntó el barón. La mujer se puso de pie.

—No, señor barón, la señorita Hell se fue de viaje...

—¿Qué? —gritó el barón—. Sí, claro —añadió de inmediato—, a las tres, ¿no es cierto?

—No, señor barón, la señorita se fue a las ocho de la mañana.

—¿Pero adónde?... quiero decir, ¿se fue directamente a... —y dijo al azar—, se fue directamente a Dresde?

—No, señor barón, no dejó dirección. Dijo que ya nos escribiría.

—Así es, sí, sí... claro... muchas gracias.

Se alejó rumbo a la calle. Se volvió involuntariamente hacia la casa. ¡Cuán distinto brillaba el sol de la tarde sobre las ventanas! ¡Qué apagada, triste y sofocante tarde de verano! ¡Kläre se había ido?!... ¿Por qué?... ¿Huía de él?... ¿Qué significaba eso?... Primero pensó en ir a la Ópera, pero recordó que las vacaciones empezaban en dos días y Kläre ya no tenía trabajo. Entonces fue a Mariahilf 27, donde vivían los Ringeiser. Una vieja cocinera abrió la puerta y contempló al elegante visitante con una cierta desconfianza. Él pidió hablar con la señora Ringeiser.

—¿Está la señorita Fanny en casa? —le preguntó, con una ansiedad que ya no podía controlar.

—¿Cómo dice? —preguntó molesta la señora Ringeiser. El barón se presentó.

—Ah, pase usted, señor barón —dijo la señora Ringeiser. Él permaneció en el vestíbulo y preguntó de nuevo:

—¿Está la señorita Fanny en casa?

—Pase por acá, si me hace el favor.

Leisenbohg tuvo que seguirla y se encontró en un cuarto bajo y mal iluminado, con muebles de terciopelo azul y cortinas del mismo color.

—No —dijo la señora Ringeiser—, Fanny no está en casa. La señorita Hell se la llevó de vacaciones.

—¿Adónde? —preguntó él y vio una fotografía de Kläre sobre el piano, enmarcada en dorado.

—Adonde, no sé —dijo la señora Ringeiser—. A las ocho de la mañana la señorita Hell estaba acá y me pidió que le dejara llevarse a Fanny. Me lo pidió tan bonito que no pude decir que no.

—Pero, ¿adónde, adónde? —preguntó con insistencia Leisenbohg.

—No le puedo decir. Fanny me va a telegrafiar en cuanto la señorita Hell decida dónde se quiere quedar. Tal vez ya mañana o pasado mañana

—Claro —dijo Leisenbohg y se sentó en un pequeño banco giratorio frente al piano. Permaneció unos segundos en silencio, después se puso bruscamente de pie, le tendió la mano a la señora Ringeiser, pidió disculpas por la molestia ocasionada y bajó despacio las oscuras escaleras de la antigua casa.

Meneó la cabeza. ¡Había sido tan cuidadosa!, más precavida de lo necesario... Que él no era exigente bien podía saberlo.

—¿Adónde vamos, señor barón? —le preguntó el cochero y Leisenbohg se dio cuenta de que ya llevaba un rato sentado, mirando de frente. Siguiendo una repentina asociación, contestó:

—Al Hotel Bristol.

Sigurd Ölse aún no había partido. Invitó al barón a su cuarto, lo recibió contento y le pidió que lo acompañara en su última noche en Viena. Leisenbohg estaba enterado de que Sigurd seguía en la ciudad, pero al verlo se conmovió casi hasta las lágrimas, recobrando su dignidad de amante.

Sigurd comenzó de inmediato a hablar de Kläre. Le pidió que le contara todo lo que sabía de ella, pues estaba enterado de que el barón era su amigo más fiel y más antiguo. Así, Leisenbohg se sentó en un baúl y habló de Kläre. Le hizo bien hablar de ella. Le contó al cantante prácticamente todo, esqui-



vando sólo los detalles que sentía obligación de callar en su calidad de caballero. Sigurd escuchaba y parecía cautivado.

Durante la cena, el cantante invitó a su amigo a partir con él esa misma noche rumbo a su casa en Molde. El barón se sintió agradablemente tranquilizado. Rechazó la invitación para esa noche y prometió hacer uso de ella en el verano.

Fueron juntos a la estación.

—Tal vez me tomes por tonto —dijo Sigurd—, pero quiero pasar una vez más frente a su ventana.

Leisenbohg lo miró de reojo. ¿Era acaso un intento de desenmascararlo o la prueba definitiva de la inocencia del cantante? Frente a la casa de Kläre, Sigurd envió un beso a las ventanas cerradas.

—Salúdala otra vez de mi parte.

Leisenbohg asintió:

—Se lo diré cuando regrese.

Sigurd lo miró, sorprendido.

—Es que se acaba de ir —añadió Leisenbohg—. Se fue hoy en la mañana, sin decir adiós, según su costumbre —mintió.

—Se fue —repitió Sigurd y se sumió en cavilaciones. Después los dos callaron.

Antes de la partida del tren se abrazaron como viejos amigos.

El barón lloró en su cama esa noche, como no lo hacía desde su infancia. La hora de pasión que vivió con Kläre se le presentaba rodeada de oscuras visiones — era como si sus ojos hubie-

ran brillado de locura la noche anterior. Ahora lo entendía todo. Atendió demasiado pronto a su llamado. La sombra del duque Bedenbruck aún la tenía en su poder. Leisenbohng sintió que sólo había poseído a Kläre para perderla para siempre.

Un par de días más tarde deambulaba por Viena sin saber cómo ocupar los días y las noches; todo lo que antes llenaba su tiempo (leer el periódico, jugar al *whist*, montar a caballo) le parecía desprovisto de interés. Su existencia sólo tenía sentido a través de Kläre incluso sus relaciones con otras mujeres se nutrieron de los reflejos de su pasión por ella. Sobre la ciudad campeaba una permanente penumbra grisácea. Las personas con las que hablaba tenían voces falsas y lo miraban de modo extraño, traicionero. Una noche fue a la estación y sin darse cuenta compró un boleto para Ischl. Ahí se topó con conoci-



dos que le preguntaron con inocencia por Kläre. Les contestó molesto y descortés y se tuvo que batir con un señor que no le interesaba en lo más mínimo; participó sin convicción, escuchó la bala zumbando a su oído, disparó al aire y abandonó Ischl media hora después del duelo. Viajó al Tirol, a la Engadina, a las colinas de Berna, al lago de Ginebra, remó, pasó fronteras, escaló montañas, durmió una vez en una cabaña y supo cada día tan poco del anterior como del siguiente.

Un día recibió un telegrama que le fue reexpedido desde Viena. Lo abrió con dedos febriles. Leyó: "Si eres mi amigo mantén tu palabra y corre a mi encuentro. Necesito un amigo. Sigurd Ölse". Leisenbohng no dudó un instante que el contenido del telegrama estuviera relacionado con Kläre. Empacó tan pronto como pudo y dejó Aix, donde se encontraba en ese momento, a la primera oportunidad. Viajó sin interrupciones a Hamburgo, vía Munich, tomó un barco que lo condujo a Molde, pasando por Stavanger, y llegó una clara tarde de verano. El viaje le pareció interminable. Su alma fue indiferente al paisaje. Tampoco le fue posible, en los últimos tiempos, recordar la voz o los gestos de Kläre. Creyó alejarse de Viena durante años, durante décadas, pero al ver a Sigurd en la orilla, con su traje blanco de franela y su gorra blanca, le pareció que lo había visto la noche anterior, y a pesar de sus preocupaciones contestó sonriendo desde cubierta al saludo de bienvenida de Sigurd y bajó la escalera de desembarco con buen semblante.

—Te agradezco mucho que hayas venido —le dijo Sigurd, y continuó como si nada—: estoy acabado.

El barón lo miró con detenimiento. Sigurd estaba pálido y los cabellos se le habían agrisado sobre las sienes. En un brazo tenía un lustroso capote verde.

—¿Qué te pasa?, ¿qué ha sucedido? —preguntó Leisenbohng con una sonrisa vacilante.

—Debes saberlo todo —dijo Sigurd Ölse. El barón se dio cuenta de que la voz de Sigurd había perdido su antigua sonoridad. Recorrieron en un carruaje pequeño y estrecho la agradable avenida que bordeaba el mar azul. Ambos callaron. Leisenbohng no se atrevía a hacer preguntas. Sus miradas se dirigían al agua que apenas se movía. Llegó a la extraña, y según comprobaría irrealizable idea de contar las olas. Después miró hacia lo alto y fue como si las estrellas gotearan muy despacio. Finalmente recordó que existía una cantante llamada Kläre Hell circulando en algún lugar del ancho mundo, aunque el nombre del sitio era irrelevante. Sintieron un empujón y el carruaje se detuvo frente a una sencilla casa blanca en medio del campo.

Cenaron en una terraza con vista al mar. Los atendió un sirviente de expresión severa y casi amenazante al servir el vino. La clara noche nórdica se extendía a la distancia.

—¿Y bien? —preguntó Leisenbohng, acometido de pronto por una ola de impaciencia.

—Soy hombre perdido —dijo Sigurd y miró al vacío.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Leisenbohng con voz apagada—, ¿y qué puedo hacer por ti? —añadió maquinalmente.

—No mucho. Aún no lo sé —y vio más allá del mantel, del jardín, de la reja, del campo, de la calle, del mar, rumbo al horizonte.

Leisenbohng sentía una inquietud interna... Toda suerte de ideas lo asaltaban simultáneamente... ¿Qué podía haber pasado?... ¿Kläre estaba muerta?... ¿Sigurd la había matado?... ¿la habría tirado al mar?... ¿o Sigurd estaba muerto?... no, esto era imposible... pues lo tenía ahí enfrente... ¿pero por qué no hablaba?... y de pronto, poseído de un miedo enorme, se apresuró a decir:

—¿Dónde está Kläre?

El cantante se volvió lentamente hacia él. Su cara rolliza pareció alumbrarse con un brillo interno y empezó a sonreír, o tal vez era la luna que jugaba sobre su rostro. De cualquier forma, Leisenbohng sintió que el hombre de mirada apagada recostado junto a él, con las manos en los bolsillos y las piernas extendidas bajo la mesa, no tenía mayor parecido en el mundo que con un bufón. El capote verde colgaba de la reja de la terraza y en esos momentos le recordaba algo familiar... ¿pero qué le podía importar a él ese ridículo trapo? ¿Soñaba acaso?... De ser alguien razonable hubiera teleografiado al cantante desde Aix: "¿Qué pasa, qué quieres de mí, bufón?" De pronto repitió su pregunta anterior, esta vez más calmado y amable:

—¿Dónde está Kläre?

Ahora el cantante asintió repetidas veces.

—De ella se trata, por cierto. ¿Eres mi amigo?

Leisenbohng asintió. Tuvo un ligero escalofrío. Un viento suave venía del mar.

—Soy tu amigo, ¿qué quieres de mí?

—¿Recuerdas la noche en que nos despedimos, barón, cuando cenamos en el Bristol y me acompañaste a la estación?

Leisenbohng volvió a asentir.

—No te imaginabas que me iba de Viena en el mismo tren de Kläre.

Leisenbohng sumió la barbilla en el pecho...

—Yo tampoco me lo imaginaba —continuó Sigurd—, sólo a la mañana siguiente, mientras desayunábamos en la estación, vi a Kläre tomando café con Fanny en el restaurante. Su comportamiento me hizo pensar que sólo debía ese encuentro a la casualidad. No fue una casualidad.

—Continúa —dijo el barón y vio el capote verde que se agitaba ligeramente.

—Más tarde me confesó que no se trataba de una casualidad. Desde esa mañana Kläre, Fanny y yo permanecemos unidos. Nos establecimos en uno de esos pueblitos tan hermosos que tienen ustedes los austriacos, a la orilla de un lago. Vivíamos en una casa acogedora, entre el agua y el bosque, lejos de la gente. Éramos muy felices.

Hablaba tan despacio que Leisenbohg creyó enloquecer.

¿Para qué me llamó?, pensó. ¿Qué quiere de mí?... ¿Le habría confesado ella todo?... ¿A él qué le importa a fin de cuentas?... ¿Por qué me ve a la cara con esa insistencia?... ¿Por qué estoy aquí en Molde, en una terraza, junto a un bufón?... ¿No es un sueño a fin de cuentas?... ¿Duermo acaso en los brazos de Kläre?... ¿Después de todo estoy en la misma noche?... Y sin quererlo abrió los ojos.

—¿Me quieres vengar? —preguntó Sigurd de repente.

—¿Vengar?... ¿pero de qué?, ¿qué ha pasado? —preguntó el barón, escuchando sus palabras como a la distancia.

—Porque me ha hundido, porque estoy acabado.

—Cuéntame de una vez —dijo Leisenbohg en un tono áspero y enérgico.

—Fanny Ringeiser estaba con nosotros —continuó Sigurd— es una buena muchacha, ¿no es cierto?

—Sí, es una buena muchacha —contestó el barón, recordando de pronto el cuarto en penumbra, los muebles de terciopelo y las cortinas azules, la habitación en la que, muchos siglos atrás, había hablado con la madre de Fanny.

—¿Es una muchacha bastante tonta, verdad?

—Sí, creo que sí —respondió el barón.

—Estoy seguro —dijo Sigurd—. Sé que no sabía lo felices que éramos.

Sigurd calló largo rato.

—Continúa —dijo Leisenbohg, y esperó.

—Una mañana Kläre seguía durmiendo —Sigurd retomó el relato—. Siempre dormía hasta entrada la mañana. Yo en cambio salía a pasear por el bosque. De pronto Fanny llegó corriendo detrás de mí. “Escape, señor Ölse, antes de que sea demasiado tarde; váyase, se encuentra en un grave peligro”. Curiosamente se negó al principio a añadir algo más, pero insistió y por fin me enteré de cuál era el peligro que según ella me amenazaba. ¡Ay, la pobre creía que podía salvarme, si no no me hubiera dicho nada!

El capote verde se agitaba como una vela sobre la reja, la luz de la lámpara vaciló en la mesa.

—¿Qué te contó Fanny —preguntó Leisenbohg con severidad.

—¿Recuerdas la noche en que nos invitó Kläre? —le preguntó Sigurd—. Esa misma mañana Kläre fue con Fanny al cementerio y sobre la tumba del duque le confió a su amiga aquel horror.

—¿Horror? —el barón empezó a temblar.

—Sí. ¿Sabes cómo murió el duque? Cayó de su caballo y sólo sobrevivió una hora.

—Lo sé.

—Solamente Kläre estuvo con él.

—Lo sé.

—Sólo quiso verla a ella, y en su lecho de muerte concibió una maldición.

—¿Una maldición?

—Una maldición. “Kläre, no me olvides. No descansaré en mi tumba si me olvidas”, dijo el duque. “Jamás te olvidaré”, contestó Kläre. “¿Juras que nunca me olvidarás?”. “Te lo juro”. “¡Kläre, te amo y tengo que morir!”...

—¿Quién está hablando?— gritó el barón.

—Yo —dijo Sigurd—, y dejé hablar a Fanny y Fanny dejó hablar a Kläre y Kläre dejó hablar al duque. ¿No me entiendes?

Leisenbohg oía preocupado —era como si escuchara la voz del duque resonando en la noche a través de su ataúd tres veces cerrado.

—¡Kläre, te amo y debo morir! Eres tan joven y yo debo morir... Vendrá otro después de mí... Lo sé, así será... Otro te tomará en sus brazos y será feliz contigo... No debe, ¡no podrá!... Lo maldigo. ¿Me escuchas, Kläre?, ¡lo maldigo!... ¡El primero que bese estos labios y toque este cuerpo se irá al infierno!... Kläre, el cielo escucha las maldiciones de los moribundos... Cuidate, cuidalo... ¡Le espera un infierno de locura, miseria, muerte!... ¡Ay, me muero, me muero!

Sigurd se había puesto de pie y de su boca salía la voz del duque muerto. Se veía enorme y desafiante en su traje blanco de franela y tenía la vista fija en la pálida noche. El capote verde cayó de la reja hacia el jardín. El barón sintió un frío insupportable, como si todo su cuerpo se congelara. Hubiera gritado de buena gana, pero se limitó a abrir la boca... Se encontraba en ese momento en el pequeño salón de la maestra de canto Eisenstein donde vio a Kläre por primera vez. Un bufón declamaba en el escenario: “con esta maldición en los labios murió el duque Bedenbruck... escuchen... el desgraciado que yació en sus brazos, el miserable que recibirá la maldición soy yo... ¡yo!... ¡yo!”

En ese instante el escenario se desplomó con un fuerte estruendo y se hundió en el mar frente a los ojos de Leisenbohg. Él, en cambio, cayó hacia atrás con todo y silla, sin hacer ruido, como una marioneta.

Sigurd se levantó a buscar ayuda. Llegaron dos sirvientes que alzaron al desmayado y lo acostaron en un sillón reclinable, a un lado de la mesa. Uno de ellos fue por el médico y el otro trajo agua y vinagre. Sigurd frotó sin resultados la frente y las sienes del barón. Después llegó el médico y se dispuso a auscultarlo. No necesitó mucho tiempo. Lo último que dijo fue:

—Este señor está muerto.

Sigurd Ölse estaba muy conmovido. Le pidió al médico que tomara todas las medidas necesarias y abandonó la terraza. Pasó por el salón, fue al piso de arriba, entró a su dormitorio, encendió una lámpara y escribió apresuradamente las siguientes palabras: “¡Kläre!, recibí tu mensaje en Molde, adonde llegué sin hacer escalas. Quiero confesarte que no te creí; pensé que deseabas tranquilizarme con una mentira. Perdóname, ya no tengo dudas. El barón Leisenbohg estuvo conmigo. Yo lo llamé, pero no le pregunté nada, pues como hombre de honor tenía obligación de mentirme. Entonces se me ocurrió una idea ingeniosa. Le hablé de la maldición del duque. La reacción fue sorprendente: el barón se fue de espaldas con todo y silla y murió en el acto”.

Sigurd se detuvo. Estaba muy serio, como si reflexionara. Luego se ubicó al centro del cuarto y empezó a cantar. Al principio su voz era insegura y apagada, pero poco a poco se fue aclarando y se alzó sonora y espléndida sobre la noche, tan poderosa que parecía resonar en las olas del mar.

Una sonrisa tranquilizadora apareció en el semblante de Sigurd. Respiró con fuerza. Volvió al escritorio y continuó su mensaje con estas palabras: “Queridísima Kläre, perdóname, todo está bien otra vez. En tres días estaré contigo...”